



OBRA MUNDIAL | 19 de Mayo

Batatas

Eric B. Hare

Hace no mucho tiempo, asistí a una re unión campestre en una isla muy lejana. Compartí tiempo con los pequeñines del lugar y les enseñé muchos cánticos de Escuela Sabática. Uno que les gustó especialmente fue "A la iglesia vengo así, vengo así, vengo así. A la iglesia vengo así, el sábado por la mañana" *(anime a los niños a que canten con usted)*.

Un sábado por la mañana, un niño corrió a la iglesia y comenzó a golpear una caña de bambú. A los pocos minutos, otros niños y niñas comenzaron a llegar corriendo a la Escuela Sabática. Venían recién bañados y con sus mejores atuendos. Formaron filas fuera de la iglesia, y entraron marchando y cantando: "A la iglesia vengo así, vengo así, vengo así. A la iglesia vengo así, el sábado por la mañana".

Batatas

Luego me fijé en que cada niño llevaba una batata grande en la mano. Pensé: "*¿Qué harán estos niños con esas batatas?*" Aquella misma mañana yo había visto a los niños desayunando batatas, así que pensé: "*¿Se comerán el desayuno en plena Escuela Sabática? Si veo a alguien comiendo durante la Escuela Sabática, le quitaré la batata*".

Durante el servicio de canto observé a los niños, para captar el momento en que alguno de ellos comenzara a comerse su batata. Pero ninguno lo hizo.

Durante el programa, los niños estuvieron tranquilos sosteniendo sus batatas. En el momento de orar, se arrodillaron. Tan pronto como dijeron amén, los niños se

Material adaptado y facilitado por RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

levantaron y se sentaron. Miré para ver si alguno estaba comiendo su batata, pero no era así. Solo las tenían en la mano.

Luego me tocó narrar el relato misionero. Les hablé de Mimí, una niña de Myanmar que usaba amuletos en la nariz, las orejas, el cuello, las muñecas, la cintura y los tobillos para protegerse de los espíritus. A los niños les encantó la historia.

Al sentarme, miré si alguno estaba comiéndose su batata, pero simplemente las sostenían en las manos.

Luego, desde la plataforma, preguntaron a todos los presentes: —¿Alguno de ustedes ha traído una ofrenda esta mañana?

Todos respondieron:

—¡Yo!

—¡Yo!

"*¿Qué ofrenda habrán podido traer estos niños* —me preguntaba yo—, *si no tienen dinero?*" Nadie se imaginaba lo que pasaba por mi mente. Los niños caminaron hacia el frente y, desde detrás de una mesa, tomaron dos baldes grandes.

"*¿Baldes?* —pensé nuevamente—, *¿Qué piensan hacer con esos baldes?*" Entonces, Tito y María pasaron con los baldes y dejaron caer su batata en ellos ruidosamente.

¡Por fin comprendí! No llevaban las batatas para comer durante la Escuela Sabática, sino como ofrenda para las misiones.

Tito llegó hasta donde estaba yo y se quedó esperando mi ofrenda. Pero yo no tenía ninguna batata. Lo único que tenía era un dólar. Lo dejé caer en el balde, pero no hizo ruido como la ofrenda de los demás. Me puse muy triste.

Si alguna vez vuelvo a otro campestre en esta isla del Pacífico, voy a tener que comprar la batata más grande que haya en el mercado. La voy a llevar a la Escuela Sabática y, cuando pasen con los baldes a recoger las ofrendas, ¡dejaré caer mi batata bien fuerte, para que haga mucho ruido!

A Jesús le encanta el sonido de las batatas al caer en el balde tanto como el sonido de nuestras monedas al caer en los platillos.

Relato escrito por Eric B. Hare, hijo de misioneros que durante varios años vivió en Myanmar con su familia.

El desafío

- Eric B. Haré y su familia fueron misioneros en Myanmar durante muchos años. Él es conocido por sus interesantes historias del campo misionero, que durante años han inspirado a niños en campamentos de verano y otros encuentros.
- Durante los primeros años de las misiones, la mayoría de la gente no tenía dinero. Intercambiaban cosechas y animales como modo de supervivencia. En algunas regiones aisladas, aún existe esta práctica, y se llevan a la iglesia productos agrícolas como batatas o té, que se depositan como ofrenda.

Material adaptado y facilitado por RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©